

## NUNCA DIGAS ADIÓS

Jeremías se casó muy joven. Él lo hizo por amor, cosa rara en su región donde la mayoría se casa por designios familiares y sociales. Se casó con Flor, Florecita le decían sus familiares por ser muy joven y muy pequeña de cuerpo. Todo fue pobre, la boda, la comida, pues no se puede llamar banquete nupcial a una minuta compuesta por arroz, una pieza de pollo y algo de frijol que fue servida a escasas veinte personas contando al novio, a la novia, los padres de ambos y otros familiares. No hubo luna de miel. No porque no quisieran, no la hubo porque no tuvieron para pagar el viaje. El vestido de la novia fue hecho de manta y el novio se puso su ropa del día, eso sí lavada y planchada. Todo fue escaso menos la felicidad de los dos. Esa fue grande por no decir gigante pues es difícil medir eso que se llama felicidad, que para algunos consiste simplemente en no tener dolores ese día y en otros es el conjunto de diversas sensaciones y sentimientos. Sea como sea la pareja sonreía, bailaba, reía, abrazaban a todo el mundo y todo ese mundo decía lo mismo: qué bonita pareja, qué felices son. No quisieron vivir con los padres de uno ni de la otra. Construyeron con ramas, con hojas de palma, con pedazos de madera su choza. No quedó muy bien pues ninguno tenía conocimientos de ingeniería pero se podía vivir en ella. Un petate sirvió de cama, huacales de frutas de roperos, sillas y mesas. En lugar de estufa un anafre. ¿Para qué más cosas? Y así vivieron el primer año en que no tuvieron casi nada pero tampoco grandes privaciones. Comían sus tortillas con algún queso, huevos de sus propias gallinas, alguna fruta y muy ocasionalmente un trozo de carne. La ropa si la tratas bien dura más de un año y ellos la trataban de lo mejor que podían. Flor quedó embarazada. Su parto fue difícil y se tuvo que internar. Ahí gastaron lo poco que tenían. El niño salió enfermizo. Decían que tenía algo en el corazón, que tenía un soplo. Ellos jamás supieron de que se trataba. El niño

murió a los siete meses de edad. Después de este embarazo Flor tuvo otros tres. Fueron dos niñas y un niño, eso si todos sanos pero también todos flacos y cómo no lo iban a estar si con lo que traía el padre no alcanzaba y eso que trabajaba de sol a sol. Los niños fueron creciendo, no lo suficiente pero sí como para tener necesidad de nueva ropa, de ir a la escuela, de tener zapatos. Flor se daba cuenta de todo esto pero era incapaz de pedirle nada a su marido al que seguía amando con pasión pues veía como trabajaba todos los días de la semana incluido el domingo. Pero el campo no deja. Este año sembraron maíz y con gusto vieron como fueron creciendo sus plantitas, como aparecían los pequeños elotes. Este año sí podrían llevar a los niños a la escuela, comprar otros instrumentos de labranza pues los que tenían ya estaban muy viejos y oxidados y quizás comprar un vestido para ella y unos pantalones para él. Vino la sequía y las plantitas fueron perdiendo su color verde para volverse amarillentas, los elotitos tiernos no desarrollados todavía fueron cayendo al piso para acabar no siendo nada. Por vez primera supieron lo que era la pobreza, el no tener que comer. Un día Jeremías le comunicó su decisión a su esposa. Me voy de mojado. Ella no dijo nada, solamente, cuando estuvo a solas, se puso a llorar. Llegó el día de la partida. Era en la madrugada. Jeremías tomó su bolsa con algo de comida, su tambache de ropa y su botella de refresco. Les dio un beso rápido a los hijos y a su mujer le dijo adiós, sin acercarse a ella, cuando ya había dado unos pasos para alejarse del lugar. Nunca digas adiós, gritó más que dijo ella. Está bien, contestó él, hasta pronto.

Cinco días después murió ahogado cruzando el río Bravo.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

JULIO 2006